

LA PANACEA DE BERKELEY Y LA TRADUCCIÓN DE VICENTE FERRER GORRAIZ BEAUMONT

CINTA CANTERLA
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

La curiosa obra de George Berkeley *Siris: A Chain of Philosophical Reflexions*, publicada en 1744, consiguió pronto un gran éxito de público, de tal manera que después de conocer varias ediciones seguidas en Londres y Dublín el mismo año, fue traducida casi de inmediato (en 1745) al alemán, al francés y al holandés y leída con mucho interés en toda Europa. Y probablemente parte de la expectación estaba justificada: según indica su título completo, el objeto de la misma lo constituía una panacea médica que Berkeley había importado de América y que había estado utilizando en su diócesis, con esperanzadores resultados, para aliviar a aquellas personas que por su pobreza no podían pagarse un médico. La llamada “agua de brea” fue presentada como un verdadero remedio universal.

Desde la perspectiva de los ideales ilustrados, esa publicación de la receta y sus utilidades para darlas a conocer al público en general respondía menos a un propósito filosófico que a la filantropía característica de la época, según la cual había que contribuir a la mejora de la calidad de vida del género humano y, más concretamente, de la salud pública europea. Así que la intención de Berkeley fue, pues, en un primer término, higienista, como él mismo reconoce: poner en conocimiento del público dentro y fuera de su país un remedio médico barato con el que combatir las enfermedades y la miseria que asolaban los estratos más bajos de la población.

Pero las reflexiones médicas del obispo de Cloyne -que debido a la pobreza de sus feligreses, no sólo había de cuidarse de sus almas, sino también de sus cuerpos- iban acompañadas, además, de un conjunto sistemático de consideraciones sobre las propiedades médicas de ciertos vegetales, la esencia de la Naturaleza considerada como un todo, la cadena del ser, el principio vital del mundo, etc., todas ellas estrictamente ordenadas, numeradas y encadenadas (esto es, derivadas unas de las otras), que situaban la eficacia del remedio en el contexto de una teoría mágica y mística acerca de la interrelación del hombre con el cosmos. Con lo que el escrito derivaba extrañamente hacia un género filosófico -el de la *Logosmystik* naturalista y panteísta- cuyos mejores ejemplares se habían cerrado con el Renacimiento. De ahí su título completo: *Siris. A Chain of Philosophical Reflexions and Inquiries Concerning the Virtutes of Tar-water, and divers other Subjects connected together and arisin One from Another*.

Sin embargo, qué duda cabe que era un género renovado. Por una parte, el *Siris* era un escrito moderno que se hallaba emparentado, por su defensa de los propiedades médicas de ciertos vegetales, con la botánica y la química que en el siglo XVIII se elaboraban bajo la influencia de las teorías newtonianas (la *Vegetable Statick* de Hales y los *Elementa Chermiae* de Boerhaave, por ejemplo). Y de hecho, su aparato crítico así lo atestigua: sus referencias científicas se sitúan en esta corriente. Ahora bien, como Casini ha demostrado, esta ciencia natural de corte newtoniano era susceptible de derivaciones místicas, en parte favorecidas por la filiación de la concepción del mundo de Newton con respecto al neoplatonismo de Cambridge.

Por ello no resulta extraño que Berkeley pretenda en el *Siris* explicar las virtudes médicas de ciertas resinas a partir de la conexión de los vegetales con el alma del mundo, entendida ya en esa época en términos casi magnéticos y eléctricos; ni que vaya derivando en el texto desde las recomendaciones prácticas relativas a la preparación de su medicina y el análisis de sus propiedades a consideraciones naturalistas generales sobre las propiedades de los vegetales, y de ahí a reflexiones sobre la cadena del ser y otros razonamientos hipotéticos acerca de una consideración mística y panteísta de la naturaleza. El texto de Berkeley, además de una función higienista, resultaba poseer, pues, una misteriosa virtud filosófica, mágica y poética que hacen de él un verdadero texto prerromántico. Y este fue el motivo fundamental por el que la obra suscitó tanto interés en Europa y por el que los poetas románticos se inspirarían en él.

La introducción de T. E. Jessop en el volumen V de la edición canónica de las obras completas de Berkeley (Luce & Jessop 1953: 5) hace mención a una supuesta traducción del *Siris* al castellano en 1786, aunque sin citar al autor. Esta misma afirmación sin detallar aparece también en la obra de Luce *The Life of George Berkeley* (Luce 1949: 200). En su obra *A Bibliography of George Berkeley* ambos autores ofrecen la referencia completa: “1786. Composición, uso y virtudes del agua balsámica, vulgo de brea, del ilustrísimo señor Jorge Berkeley. [...] Publícala para beneficio de la humanidad el licenciado Don Vicente Ferrer Gorraiz y Beaumont. Madrid. (Parte del *Siris*)” (Luce & Jessop 1934: 27). El objeto de mi trabajo es poner de manifiesto el carácter erróneo de esta afirmación, pues lo que Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont traduce en ese libro no es la obra *Siris* ni siquiera un fragmento de la misma, sino una de las cartas que el filósofo envió a Thomas Prior, en concreto el 19 de junio de 1744, a propósito de la preparación y utilidades del agua de brea; carta ésta que aparecía impresa al final de la traducción francesa del *Siris* que usó Gorraiz Beaumont,¹

¹ En algunas bibliotecas y diccionarios, este autor aparece catalogado como Ferrer, como si fuese éste el primer apellido (por ejemplo, en la Biblioteca Nacional o en el *Diccionario Enciclopédico* de Espasa); en otros lugares, en cambio, está ordenado como si el primer apellido fuese Gorraiz (así se encuentra en la bibliografía de Aguilar Piñal 1981-1995: IV, 332). Para salir de dudas, habría que contar con la partida de nacimiento y bautismo, pero no parece que se haya encontrado, que yo sepa (suele darse la fecha de su muerte, pero no la de nacimiento). Para más confusión, según Aguilar Piñal, usó además los pseudónimos de “Antonio Aguilar” y “Antonio Alejandro de Palomares”, y se le atribuyen los de “Vicente Pérez” e “Ignacio Carballo Núñez de Castro”. Aquí optaré, provisionalmente, por la decisión de Aguilar Piñal, y hasta no conocer algún dato concluyente, supondré que el primer apellido es Gorraiz.

y que sin duda al higienista español le pareció que resumía bien su contenido en los aspectos que a él le interesaban.

Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont y Montesa, agustino español (muerto en 1792) que fue profesor público de filosofía y teología en las universidades de Toledo, Alcalá y Valladolid, y que, después de exclaustrarse, fue nombrado historiador por S. M. del Real Gabinete de Historia Natural, llegó a ser un reputado higienista en nuestro país, donde resultó un defensor infatigable de la hidroterapia (Hernández Morejón 1842: 379). En 1786 dio a la imprenta el opúsculo: *Composición, uso y virtudes del agua balsámica, vulgo de brea, del Ilustrísimo Señor Don Jorge Berkeley, obispo de Cloyne: quien la propone como remedio el más singular no sólo para precaver y curar las viruelas, sino otras muchas enfermedades, así interiores como exteriores, que se han juzgado hasta aquí por incurables* (Madrid, Imprenta Real).

Según se desprende de la introducción del mismo, el interés de este higienista por la llamada en aquel entonces “panacea de Berkeley” se remontaba al menos a su escrito anterior, titulado *Juicio o dictamen sobre el proceso de inoculación*, de 1785, en el que había indicado: “el remedio que seguramente preserva y aún cura las viruelas de cualquier condición es el agua balsámica del Ilustrísimo Berkeley, obispo de Cloyne, de que se dará a su tiempo una disertación, para que tengan los profesores de medicina un remedio de la mayor eficacia no sólo contra las viruelas, sino contra la corrupción de la sangre, úlceras de las entrañas y pulmones, toses consumptivas, pleuresía, perineumonía, escorbuto, erisipela, asma, indigestiones, histerismo, caquexia, mal de piedra, hidropesía y al fin toda clase de inflamación ” (Gorraiz Beaumont 1786: 3).

Así, pues, el interés de Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont no era otro que divulgar un remedio médico que se había mostrado eficaz en una época en la que la medicina apenas conseguía aún combatir la mayor parte de las enfermedades, y ello en beneficio de la humanidad (Gorraiz Beaumont 1786: 3): un propósito, pues, higienista, como el del propio Berkeley (Gorraiz Beaumont 1786: 12, 22). Prueba de ello es que los elementos filosóficos del *Siris* no le parecieron tan indispensables para su propósito y prefirió ceñirse a lo fundamental para su interés: la receta y algunas consideraciones sobre su aplicación.

Y tampoco le pareció imprescindible otorgarse protagonismo escribiendo él un tratado sobre el remedio, un cometido que además podría ser contraproducente, pues la animadversión que provocaban en algunos sectores sus propuestas médicas podía extenderse al remedio *farmacológico* que llegaba de Inglaterra si él le hacía de intermediario. Así que optó por poner a disposición del público, mediante una traducción, la versión abreviada de la descripción del remedio que apareció en la carta de Berkeley a Thomas Prior que se hizo pública en 1744 en Dublín y Londres (Luce & Jessop 1953: 168), y que se hallaba reproducida al final del ejemplar del *Siris* que Ferrer utilizaba. Aunque acompañándola, como buen entendido que era, de una introducción, de un comentario y del correspondiente aparato crítico.

No se entiende bien cómo el opúsculo de Gorraiz Beaumont ha podido pasar por la traducción de un fragmento del *Siris*, pues en la introducción el autor lo indica claramente: “Podría desempeñar este asunto por varios medios, y acaso más instructivos que el de una mera traducción; pero para evitar emulaciones y la oposición tan cruda que han padecido hasta aquí todas mis obras, sin más causa que ser más, y mirar al bien común abandonando el interés particular, traduciré una carta del autor en que él mismo recopila y comenta el libro de sus *Indagaciones*, respondiendo a un amigo de Dublín, que le consultó sin duda sobre el uso y virtudes de dicha agua” (Gorraiz Beaumont 1786: 4). Basta cotejar el texto que presenta con la carta a Thomas Prior en su versión francesa para comprobar que se trata de la completa y fiel traducción de esta carta, aunque en el opúsculo, debido a una errata, dice carta “a J. P.” (Gorraiz Beaumont 1786: 4) en vez de a “T. P.”.

El mismo traductor explicita cuáles son los objetivos que pretende alcanzar poniendo a disposición del público la citada carta: de un lado, poner al lector al tanto de las virtudes médicas de la panacea de Berkeley de un modo breve y directo; de otro, suscitar con ello el interés en leer la obra extensa, el *Siris*, cuyo título completo vierte Gorraiz Beaumont al castellano como *Indagaciones sobre las virtudes del agua de brea, a que se añaden varias reflexiones filosóficas sobre otras materias de la mayor importancia*.

Que a este higienista español el *Siris* lo ha fascinado también lo testimonia no ya el calificativo de “incomparable” (Gorraiz Beaumont 1786: 3) que le atribuye, poco fiable debido a la pomposa retórica de la época, sino el hecho de que la disertación que preparaba sobre ella se le haya ido de la mano en extensión, como él mismo confiesa (Gorraiz Beaumont 1786: 3). Y es que el *Siris* de Berkeley, aparte de la descripción del remedio médico referido contiene, como ya he indicado, toda una metafísica pannaturalista, casi panteísta y profundamente neoplatónica que habría de hacer las delicias de los filósofos y poetas románticos. Una filosofía que venía a dotar de contenido a la terapia hidrológica que él proponía. Aunque quizá el presentar la terapéutica unida a las consideraciones filosóficas de Berkeley podría haber llevado a muchos a desconfiar de la primera por no encontrarse de acuerdo con las segundas. Y Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont prefirió ser prudente a fin de ser efectivo.

La actitud científica del traductor queda patente en dos rasgos fundamentales de su traducción: en primer lugar, la reiterada mención de que se publica “para beneficio de la humanidad” (como puede leerse en su portada) y para atender a las reclamaciones de las personas que le escriben de todas partes solicitándole la información médica que posee; en segundo lugar, el completo respeto al original, que vierte de un modo absolutamente fiel. En ambos empeños reconocemos la conciencia de un ilustrado de la importancia de la difusión del conocimiento científico y de las características peculiares de este tipo de saber.

Por algunas de las citas que acompañan tanto la traducción como la introducción y el comentario que el traductor añade al texto de Berkeley sabemos que se ha traducido de la versión francesa del original inglés (Gorraiz Beaumont 1786: 32, n. 2), y, aunque

no da la referencia bibliográfica completa, sabemos que se trata de la publicada en Amsterdam, por Pierre Mortier, durante el año 1745. Esta traducción francesa del *Siris* llevaba como apéndice dos cartas de Berkeley, una a Thomas Prior y otra a Linden, la primera de las cuales es la que traduce Gorraiz Beaumont. Las citas tanto del *Siris* como de la carta en cuestión dadas por el español coinciden perfectamente con la paginación de esta obra de referencia.

De la advertencia preliminar que el traductor francés hace a esta versión del original inglés dos consideraciones nos son de interés: una de ellas es la que indica que se ha utilizado la tercera edición del *Siris*, hecha en Dublín bajo la supervisión de Berkeley, con las adicciones y correcciones que el filósofo ha tenido a bien añadir (esta edición inglesa reproducía, al final, la carta de Prior, que era la primera de las tres sobre la cuestión que Berkeley había enviado a su amigo); la otra advertencia es la que corresponde a la declaración de principios del traductor: “Je me suis donc renfermé dans le simple office d’interprète, et j’ai taché de représenter fidèlement mon original, qui pour se faire valoir, n’avait besoin d’aucune parure étrangère” (Berkeley 1745: xix).

Este mismo escrúpulo en la traducción lo encontramos en el autor español, que afirma haberse “propuesto el designio de seguir las rigurosas leyes de una traducción literal” (Gorraiz Beaumont 1786: 20). Al comienzo del texto de Berkeley, y después de la introducción que Gorraiz Beaumont ha hecho, se indica explícitamente: “El original dice así”, seguido de dos puntos. Y el texto traducido queda perfectamente distinguido tipográficamente mediante comillas tanto de esa introducción como del comentario añadido al final, como de las notas bibliográficas o simplemente explicativas que Gorraiz Beaumont añade. Aunque con una curiosidad que da un matiz peculiar al opúsculo: los comentarios posteriores a la traducción de la carta, cuyo texto, siguiendo la costumbre de Berkeley, iba numerado en entradas, continúan esa numeración, dando bastante homogeneidad textual y temática a lo escrito por Berkeley (claramente marcado y distinguido) y lo escrito por Gorraiz Beaumont. De tal manera que, junto al respeto riguroso al original, encontramos también un ingenio espíritu, nuevamente muy ilustrado, de colaboración suprapersonal en el beneficio de la humanidad, e incluso un incipiente espíritu científico (médico y filosófico) según el cual lo importante es, más allá de los personalismos, aunar los esfuerzos.

En realidad, el opúsculo de Gorraiz Beaumont es más bien un pequeño tratado médico cuyo divulgador de las ideas de Berkeley en el que va inserta la traducción de la carta a Prior. De hecho, ésta ocupa dieciséis páginas, mientras que la introducción y los comentarios añadidos a continuación se extienden durante trece. Pero en todo momento el traductor español ha evitado resumir de su propia voz las ideas del filósofo inglés, y ha buscado la objetividad citándolo textualmente. Un esfuerzo que dice mucho de su sentido escrupuloso del valor del original, aunque resulte aquí de una doble traducción.

Del mismo modo, es significativa también la propiedad con la que Gorraiz Beaumont traduce la terminología científica del tratado, la experiencia que se ve que tiene en las mismas cuestiones que Berkeley aborda, su coherencia en las apuestas

interpretativas que hace, que se mantienen de principio a fin, y su voluntad de estilo castellano, que hace que en ningún momento suene bajo su versión el eco de la traducción francesa. Tenemos tan pocas traducciones al castellano contemporáneas a los grandes filósofos europeos, que produce cierta emoción leer a un autor de la importancia de Berkeley en la versión dieciochista de nuestra propia lengua. Si esta práctica hubiese estado más extendida, nuestra lengua contaría hoy con un vocabulario filosófico mucho más depurado. Ni qué decir tiene que para la traducción castellana que actualmente preparo del *Siris* nuestro traductor, en el breve espacio de la suya, me ha dado alguna solución inestimable. Por ejemplo, la de traducir *tar-water* por “agua de brea” en vez de por “agua de alquitrán”, una solución esta última de menos resonancia terapéutica en nuestra lengua.

De todos modos, queda por concluir si no hubiese sido mejor que Gorraiz Beaumont tradujese el propio *Siris*, una obra que, hasta donde yo sé, aún no cuenta con traducción española en nuestros días. O si fue en realidad más efectivo divulgando la versión abreviada de sus ideas dada en la carta. Desde luego, lo que sí parece que fue es prudente. Muy probablemente, muchas ideas filosóficas del *Siris* quizá no podrían haber visto la luz en España en aquel momento, tan semejantes en algunos extremos a las de ciertos tratados neoplatónicos, spinozistas e incluso cabalísticos. Así que lo más cauto debió ser suscitar el interés por ella, y que los que se sintieran movidos a leerla lo hicieran en francés.

Lo que sí es cierto es que en su opúsculo Gorraiz Beaumont procura ceñirse a los aspectos higienistas de la obra inglesa (eligiendo la carta, en la que el elemento filosófico es menor) y orientando sus comentarios a sus extremos médicos. Pero es bastante improbable que dado el conocimiento que este autor muestra en sus notas de las referencias científicas y que él mismo había impartido clases de filosofía, no hubiese reparado en los elementos más heterodoxos del tratado berkeleyano, o que, a pesar de que estos le hubiesen disgustado, calificase a la obra, no obstante, de extraordinaria. No podemos saber, sin embargo, cuál fue la verdadera razón que le hizo renunciar a una traducción del *Siris*.

Sí resulta significativo, en cambio, que mientras en toda Europa esta obra se traducía al año siguiente de su publicación inglesa, las ideas del *Siris* llegaron a España con cuarenta y dos años de retraso y en una versión abreviada y casi desprovista de ideas filosóficas. Hemos de agradecer, no obstante, a Ferrer Gorraiz que contribuyese a la difusión de este libro tan interesante. Aunque dudamos prudentemente de que muchos españoles lo acabaran leyendo.

Referencias bibliográficas

- AGUILAR PIÑAL, Francisco. 1981-1995. *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 8 vols.
- BERKELEY, George. (1744) 1953. *Siris: A Chain of Philosophical Reflexions and Inquiries Concerning the Virtues of Tar-water, and divers other Subjets connected together and arising One from Another*. Edición de T. E. Jessop, en A. A. Luce y T. E. Jessop (ed.), *The Works of George Berkeley Bishop of Cloyne*, Londres, Thomas Nelson and Son, V.
- BERKELEY, George. 1745. *Recherches sur les vertus de l'eau de Goudron. Où l'on a joint des Réflexions Philosophiques sur divers autres sujets. Traduit de l'anglais. Avec deux lettres de l'auteur*, Amsterdam, Pierre Mortier.
- CASINI, Paolo. 1969. *L'universo-macchina*, Bari, Laterza.
- GORRAIZ BEAUMONT Y MONTESA, Vicente Ferrer. 1786. *Composición, uso y virtudes del agua balsámica, vulgo de brea, del Ilustrísimo Señor Don Jorge Berkeley, Obispo de Cloyne: quien la propone como medio el más singular no sólo para precaver y curar las viruelas, sino otras muchas enfermedades, así interiores como exteriores, que se han juzgado hasta aquí por incurables*, Madrid, Imprenta Real.
- HERNÁNDEZ MOREJÓN, Antonio. 1842. *Historia bibliográfica de la medicina española*, Madrid, Jordán e hijos.
- LUCE, A. A. 1949. *The Life of George Berkeley*, Londres, Routledge.
- LUCE, A. A. & T. E. JESSOP (ed.). 1953. *The Works of George Berkeley Bishop of Cloyne*, Londres, Thomas Nelson and Son.
- LUCE, A. A. & T. E. JESSOP. 1973. *A Bibliography of George Berkeley*, La Haya, Martinus Nijhoff.